Luces y sombras de la fe en la historia argentina

Prof. Andrea Greco de Álvarez

"No sé lo que será del nuevo día
que entre luces y sombras viviré,
pero sé que, si tú vienes conmigo,
no fallará mi fe".
(De un Himno de Laudes)

La concepción pagana del tiempo era una concepción cíclica, por ello para los antiguos la historia se repite. La concepción judeo – cristiana, según nos han enseñado, es lineal tiene un comienzo y un fin hacia el cual se dirige. En el comienzo está Dios creador y en el final está Cristo y su segunda venida. Entre estos dos hitos se desenvuelve la historia y la vida de la humanidad y de las naciones. Sin embargo, señala Federico Mihura Seeber que esto no es del todo así. Esa imagen lineal corresponde en realidad más bien *"a la cosmovisión laica del 'progreso' y es una desviación del cristianismo. La concepción verdaderamente cristiana de la historia es 'espiralada' –o 'enrulada'*-*. Porque en ella hay, efectivamente, origen y avance hacia un término. Pero no como en la progresista, como sucesión acumulativa, sino como la reiteración de algo en aumento de intensidad progresivo. Avanza, pues hacia el Término, en algo que lo prefigura, retrocede y vuelve a avanzar: aproximándose paulatinamente al Término Final".*

Siguiendo esta idea, vemos entonces que, tal como enseña San Agustín *«Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor (…) La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en los potentados: ésta le dice a su Dios: Yo te amo Señor; tú eres mi fortaleza»* (De civ. Dei, XIV, 28).

Ambas ciudades, la celestial y la terrenal, se dan simultáneamente, en un mismo tiempo, porque siempre hay hombres que pertenecen a una y a otra. Pero también sucede que en algunos tiempos prepondera una sobre la otra. Esto es lo que hace espiralado al tiempo histórico. Hay momentos, hechos y personas de la historia que se acercan a la ciudad celeste, que se glorían en Dios, que se fundan en la fe, que buscan la reyecía de Cristo *("Es necesario que Cristo reine");* mientras que otros momentos, hechos y personas de la historia se anclan en la ciudad terrena, se glorían en su propia fuerza, en su ideología, se fundamentan en el odio a la fe *("No queremos que este reine sobre nosotros")* y colaboran de este modo con el reinado del anticristo.

Esto que muy simplificadamente esbozamos aquí y que podemos constatar en la Historia Universal (como se ha hecho en Conferencias anteriores a esta), también lo podemos observar en la Historia Patria.

Hemos divido esta conferencia en dos partes: la primera, donde vamos a hacer un rápido recorrido desde la época hispánica hasta 1960; en la segunda, procuraremos observar con mayor atención estos últimos 50 años, porque consideramos que muchos de los sucesos que vivimos en la actualidad tienen su raíz en estos últimos años.

Pero, antes de entrar de lleno en esta evocación de algunos de los acontecimientos y épocas decisivas de nuestra historia, vale hacer una aclaración, que consideramos de importancia. La historia es esencialmente historia política. Es que la política como fautora del bien común y la autoridad como principio formal de la sociedad, tienen un papel descatadísimo en la dirección y trascendencia de los sucesos temporales. Y por eso conviene aclarar que cuando nos referimos a la fe en la historia argentina lo vamos a hacer poniendo en nuestra consideración la acción destacada, para bien y para mal, de figuras prominentes de nuestra historia, gobernantes, caudillos, jefes que tuvieron en sus manos la posibilidad de definir o influir en los hechos públicos, no vamos a referirnos a biografías de personas santas o de la fe en la vida personal de tal o cual. Nos referiremos a la fe en relación con la política nacional. Por aquello que escribe Antonio Caponnetto al definir al príncipe católico, se trata *"no de un hecho privado, como podrían serlo, para su gloria, la piedad, la devoción o la personal ascesis, sino un hecho público: la custodia de la Fe Católica en la sociedad cuyos destinos rige. Más precisamente aún, el hacer de esa custodia la primera política de Estado"* (p. 16). También Enrique Díaz Araujo ha insistido en este punto al enseñar que debe diferenciarse religiosidad de política religiosa, lo primero pertenece a la conciencia íntima y está sólo reservado a Dios, lo segundo pertenece al orden social y por tanto atañe al Bien Común. Lo primero implica la devoción personal, lo segundo una acción pública.

Hemos dicho que nos referiremos a quienes realizaron acciones para bien o para mal, porque esos hombres prominentes, fueron príncipes o políticos católicos cuando hicieron de la custodia de la Fe el centro de su política y fueron gobernantes o políticos anticatólicos aquellos que hicieron del ataque a la Fe el eje de la suya.

Antecedentes históricos (1500-1960)

Desde la época hispánica vemos esta contraposición de un tiempo en que la política se fundaba en la fe y un tiempo que lucha y se opone a la fe verdadera.

Vemos un tiempo de fe, de verdaderos príncipes cristianos para quienes *"la mayor gloria… se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia"* (Civ. Dei, XIV, 28) en los tiempos de los Austria, tiempos en que el Emperador Carlos V, que regía un Imperio de 20 millones de Km2, en medio de un inmenso desierto de agua de 80 millones de Km2, un Imperio que fue 26 veces más grande que el gran Imperio Romano, ese hombre dueño del mundo, no fundaba su vida sino en la gloria de Dios y la Fe Católica. Así había dicho en 1521 *"Estoy resuelto a defender esta causa sagrada con mis dominios, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma".* Con esa misma entraña, su hijo Felipe, en cuyo tiempo el Imperio Hispánico llegó a su máxima expansión, escribe: *"Yo me he decidido a sacrificar a Dios mi carne y mi sangre, pues sitúo lo tocante a su servicio y al bien común por encima de toda consideración humana"* (Díaz Araujo, *La grandeza hispánica cuando los Austrias*).

Esta disposición está absolutamente en contraste con la siguiente dinastía más preocupada por los intereses económicos de la corona, que llega con Carlos III a la institucionalización del Despotismo Ilustrado, o sea la razón humana por encima de todas las cosas como quería la Ilustración y el absolutismo del rey para imponerla. Desde esta perspectiva se entiende el regalismo, o sea la Iglesia sometida al poder real y la expulsión de los jesuitas y la confiscación de sus bienes. Lo que ha cambiado 180° es la finalidad de

la política: del servicio al Rey de Reyes, se pasa a la política maquiavélica del éxito material para la cual la verdadera Iglesia es un estorbo y un obstáculo.

Este proceso va a tener su continuidad en la época posterior a la autonomía de 1810 y la independencia de 1816. El Reino de Indias era un Estado confesional y América se definió por su Religión católica. España vivió una Edad Media tardía, y cuando España se hizo liberal, América continuó con el espíritu medieval.

Como ha expuesto Díaz Araujo, en 1810 se produce la autonomía en toda América, y con ella una Crisis de Autoridad, una situación de «orfandad» en los pueblos hispanoamericanos ante la pérdida de la figura del «rey padre», que había sido un principio fundamental de cohesión social, por eso se produce la búsqueda por parte de los próceres patriotas de un sustitutivo. Esa búsqueda desembocaría en dar un mayor realce a la unidad religiosa que estos pueblos encontraban en el catolicismo, concretamente y sobre todo a través de la figura de la Virgen María, venerada bajo tantas advocaciones regionales. Hubo tres figuras principales como libertadores: Iturbide en México, Bolívar en el Norte de Sudamérica, y San Martín en el Sur de Sudamérica. Los tres tuvieron diferencias en la solución política, pero unidad en el criterio religioso.

En lo que se refiere a la solución religiosa, Bolívar, Iturbide y San Martín estaban de acuerdo en reforzar a la Madre Iglesia, ya que no había un Padre-Rey. Iturbide lo hizo de la mano de la Virgen de Guadalupe, Bolívar con la Virgen de Belén y la Virgen del Cisne, y San Martín con las advocaciones de la Virgen de La Merced, del Carmen y de Luján. San Martín dio su apoyo expreso a la Iglesia en Chile y en Perú, donde la única religión era la católica y donde se prohibía ser funcionario a quien no profesara la Fe católica.

Como ha demostrado con profusión de fuentes Enrique Díaz Araujo tanto en el Código de Deberes militares del Campamento del Plumerillo (1816), como en las instrucciones para el Congreso de Tucumán dadas a Godoy Cruz (1816), como en el Código Constitucional de Chile (1818), como en el Estatuto Provisional del Perú (1821) establece con absoluta claridad la permanencia, sostén, importancia de la religión católica; y la consiguiente preocupación porque *"el sistema adoptado no manifieste tendencia a destruir Nuestra Religión"* (Instr. a Godoy Cruz) (*Don José y los chatarreros*, 73-74).

Los Libertadores fracasaron en su proyecto político de una gran Nación Americana, sin embargo, lograron la solución religiosa que se proponían. Iturbide decía que *"la Virgen de Guadalupe no ha venido a fracasar a América"*. Así quedó el legado de la afirmación de la Tradición Católica de la Iglesia. Por eso la independencia fue «católica y mariana».

Pero inmediatamente llegaron los masones y liberales y asaltaron el poder con el objeto de destruir la Fe. Pasó lo mismo en todas las naciones Hispanoamericanas donde los políticos liberales jaquearon los planes de los Libertadores. En nuestro país, dos fueron los principales impulsores de la política anticatólica: Alvear y Rivadavia.

Fue este último el que hizo de la llamada *"reforma eclesiástica"* el eje de su política. Primero por medio del periodismo naciente se fue predicando la impiedad y el desprecio de la moral cristiana, después por medio de la educación y las leyes se establecían los principios del liberalismo (libertad de imprenta, libertad de expresión, libertad de conciencia, libertad de culto) que más tarde fueron condenados por el Papa León XIII. Estas leyes fueron socavando la acendrada fe del pueblo argentino. La política religiosa de Rivadavia tuvo sus puntales en la acción de sacerdotes apóstatas como Juan Antonio Llorente o Vicente Pazos Silva, en la prédica incesante que desde los periódicos se

hacía *"contra el fanatismo"* o sea la fe católica, y la fundación de sociedades ilustradas que tenía esa misma finalidad. Rivadavia había sido enviado a Europa en 1817 con el fin de interesar a hombres trabajadores para establecerse en nuestro país. Sin embargo consideraba que había dos obstáculos para lograr su cometido: uno era la pobreza general y el otro obstáculo la fe católica. Y así lo expresa en carta al Director Supremo Pueyrredón *"Otro punto tan necesario o más que los antecedentes, es el de la tolerancia religiosa. Yo bien sé que la hay de hecho. Pero del modo que ha existido hasta ahora no es suficiente"*. O como más claramente expone sus objetivos, cuando dice: *"Todo lo que puede decirse sobre este importante capítulo [la tolerancia de todas las opiniones religiosas] está encerrado en estas tres líneas de Voltaire: Si no hubiera más que una religión, sería de temer el despotismo; si fueran sólo dos, se degollarían mutuamente; pero como hay treinta, ellas viven en paz y felices"* (Cayetano Bruno, t. II, 493, 495). Cumpliendo estos objetivos Rivadavia logró el 2 de febrero de 1825 que las Provincia Unidas del Río de la Plata firmaran un tratado comercial con Gran Bretaña que además de ser vergonzoso por los privilegios y ventajas comerciales que otorgaba, establecía pata los súbditos ingleses residentes en el país plena libertad para practicar su culto, *"gozarán una perfecta libertad de conciencia".*

En el interior del país el acontecimiento más importante para imponer la libertad de culto fue la ley que en 1825 se sancionó en San Juan con el nombre de *Carta de Mayo*, por el gobernador Salvador María del Carril. La reacción popular llevó a la deposición del gobernador y la derogación de la *Carta de Ma*yo. Del Carril salió de San Juan para ser ministro de la efímera presidencia de Rivadavia. Más adelante sería vicepresidente de Urquiza.

A la estrepitosa caída de Rivadavia y su política religiosa siguió la restauración del espíritu tradicional en manos del Restaurador de la Leyes don Juan Manuel de Rosas. Fue la Sala de Representantes de Bs. As. la que, al otorgarle la suma del Poder Público, lo hace con la expresa limitación: *"Que deberá conservar, defender y proteger la Religión Católica, Apostólica Romana"* (Bruno, t. II, 510). AC ha estudiado recientemente el gobierno de don Juan Manuel concluyendo en definirlo como Príncipe Católico. Numerosos son los ejemplos documentales de la custodia pública de la Fe Católica hecha por Rosas. Como cuando dice que se deben cuidar los templos y sus ministros porque *"es preciso que no olvidemos que antes de ser federales éramos cristianos"* (3-II-1831, en Caponnetto, 17) o cuando escribe *"Nuestra religión es la Católica, Apostólica y Romana; y si no queremos ser desgraciados, es necesario que los funcionarios se esfuercen para que sean respetados y cumplidos sus preceptos, en conformidad con lo que acuerdan los Evangelios"* (21-IV-1830, 17), o en carta al encargado de negocios de EEUU *"El origen de toda verdad y la fuente de la felicidad del género humano, está en la Revelación Divina [...] La filosofía política y moral se extraviaría confusamente sin la luz inefable de la Fe y el fervor de la caridad cristiana"* (11-II-1846, 18), o en el discurso de 1835 recibiendo a los padres franciscanos, donde recuerda que fue "*una terrible borrasca suscitada por los titulados pretendidos hombres de las luces, que se empeñaron de modo escandaloso y con la más profunda malicia en desquiciarlo todo, borrar hasta nuestro carácter nacional con la destrucción de los principios religiosos que unen y fortifican entre sí a los Pueblos Argentinos que han jurado sostener y defender la Religión Católica, Apostólica, Romana, como columna firme en que reposan su Independencia política y sus más preciosos derechos"* (26). Y por eso resalta la función que compete al gobierno *"Bástenos tener el*

profundo convencimiento de que siendo como es la Religión Católica, además de su verdad y santidad, la Religión del Estado, la Religión jurada y profesada por todos los Pueblos Argentinos, está en el deber de los Gobiernos respectivos contribuir a su esplendor y proteger sus instituciones". (27). Concluye Antonio Caponnetto que *"el Caudillo concibió a la patria como un eco posible de la Civilización Cristiana"* (31).

Bien observaba *Sarmiento "En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos"* (*Facundo,* 51).

Por eso el historiador Fermín Chávez afirma *"pues en verdad son teológicas y no meramente político-económicas las diferencias que separan al federalismo del unitarismo liberal"* (en: Caponnetto, 30). Es la batalla entablada entre las dos ciudades agustinianas que persiste a través de toda nuestra historia.

Con la caída de Rosas llegó la Constitución Nacional. Las discusiones que la precedieron dan cuenta de estas cosmovisiones contrapuestas. Finalmente, se logró una dudosa síntesis que con un fundamento liberal, consagró el respeto por la fe católica y el federalismo. Claro que tan incongruente síntesis iba a ser paulatinamente transformada en los hechos aunque la letra se mantenga. Así se fue centralizando el país, aunque el art. 1 de la Constitución Nacional siga sosteniendo el federalismo; del mismo modo que se fue imponiendo el laicismo estatal aunque el art. 2 siga afirmando el sostenimiento del culto católico apostólico romano.

La década del '80, de 1880, ha sido denominada por Cayetano Bruno "*La década laicista"* y fue el terreno propicio para la pugna entre estas dos cosmovisiones contrapuestas.

De un lado la clase dirigente que, respondiendo a un pensamiento laicista anticlerical y a un plan trazado por la masonería, irá procurando la transformación del país por medio de las llamadas Leyes Laicas: Ley de Educación Común, Ley de Registro Civil, Ley de Matrimonio Civil, Proyecto de Ley de Divorcio, Ley Láinez.

Del otro lado, ante este plan laicista como dijera José Manuel Estrada *"Unos pocos cristianos nos dijimos: es hora 'de vender la túnica y comprar la espada'. ¡La profesión de fe nos obliga en cualquier sitio y en cualquier tiempo a luchar varonilmente para restaurar todas las cosas en Cristo!"* (Díaz Araujo, *Del laicismo…*, 69-70). Estos hombres no fueron cómplices de la mentira o del error, supieron llamar a las cosas por su nombre, hablando claramente con el *"sí, sí; no, no"* que el mismo Jesucristo enseñara. Así decía Estrada: *"Venimos a alarmar conciencias, a despertar dormidos, a reanimar pusilánimes, a enardecer espíritus, a vincular corazones: a disciplinar para las batallas del Señor. Generaciones enteras han escondido la antorcha debajo del celemín. Mientras los creyentes han dormido, el liberalismo ha velado. Hoy como ayer nos circunda y nos ofrece en signo de paz el beso de Getsemaní. ¡Señores, ha llegado la hora de vigilar! … No lo dudéis: triunfará de la molicie el ardor de esa juventud en que fermenta la savia de la fe, bulle la sangre y resplandece la radiante caridad, más esplendorosa que nunca cuando se asocia al apostolado y al civismo, para convertir cada hombre en un instrumento de reconciliación de estos dos grandes amores de la vida: el amor de Dios y el amor abnegado de la Patria".* Con claridad meridiana comprendían el trasfondo de las medidas laicistas y por eso proclamaban: *"A la ley inicua que condena a las masas populares a ser*

educadas sin el conocimiento de Dios y sin la comunicación doctrinal de la Fe cristiana, se ha añadido la ley de matrimonio civil. En odio a Cristo, los enemigos visibles e invisibles que nos circundan: el Padre de la Mentira y su ministro exterior que es la masonería, quiere extirpar, junto con la familia, el principio ordenador de la sociedad". ¡Cuánta actualidad tiene este pensamiento! ¡Cuántos ataques ha sufrido y sufre aún la familia, con su consiguiente secuela de violencia, adicciones, muerte y desenfreno!

Fueron conscientes de que lo que estaba en juego era la vida misma de la Patria y por eso Estrada proclamaba: "*No incito a los católicos a defender a la Iglesia: los incito a defender la Patria, a defender el alma de sus hijos… La situación es de guerra, nuestro deber es la lucha".*

El grupo católico a pesar de haber luchado con denuedo no logró imponerse ante la mayoría parlamentaria liberal. Un historiador relata la aprobación de la Ley de Educación Laica con estas palabras: *"la votación será adversa, infinitas generaciones serán descristianizadas, pero Goyena y los suyos serán los eternos vencedores… y el coraje vale tanto como la victoria misma cuya alma es siempre inmaterial. Pero en aquella 'noche triste' una voz juvenil que partió de la barra del pueblo como eco misterioso de las entrañas del alma nacional, gritó con pujanza: Todo lo hemos perdido menos el honor"* (69)

Y hubo aún un capítulo honorable cuando en 1916 con Yrigoyen se recuperó la valoración de la Hispanidad como aquel hecho egregio que permitió que la Fe llegara a estas playas. Hubo también etapas en que se puso freno al ataque a la Iglesia o bien por puro interés político o por conservar aún los liberales algún respeto a la Iglesia. Así fue que en 1934, en plena década liberal, tuvo lugar el Congreso Eucarístico Internacional que produjo una revitalización popular de la Fe Católica. Y uno de los efectos benéficos de aquel Congreso fue, en diciembre de 1943, la Ley de Educación que restauraba la enseñanza religiosa en las escuelas, suprimida 60 años antes por la Ley 1420. Sin embargo, la última etapa del segundo gobierno de Perón, que había empezado como una continuidad de la política pro-católica de los gobiernos del GOU, acabó en una violentísima reacción contra la Iglesia, con la supresión de la Ley de Enseñanza Religiosa, con leyes anticatólicas y la tristemente célebre noche de la quema de las Iglesias.

Los últimos 50 años (1960-2010)

Así llegamos a estos últimos 50 años. ¿Cuál es el espectáculo que nos presenta esta última etapa?

Se podrían distinguir dos momentos diferenciados: de 1960 al 80 y de 1980 hasta hoy. En el primer momento, asistimos al desembarco masivo de la izquierda marxista en el país. Asistimos al ataque directo y agresivo contra los principios en que se sustenta la fe cristiana por parte del marxismo y un ataque indirecto, como el que ya venía ocurriendo, por parte del liberalismo. En el segundo momento, de 1980 en adelante, presenciamos un ataque diferente, del marxismo de tipo gramsciano que hace del dominio marxista de la cultura su eje. La Iglesia y la Fe cristiana van a ser reducidas paulatinamente perdiendo así su espacio público. Este odio feroz se manifiesta a través del control por medio de la revolución cultural de los medios de comunicación, de la cultura, de la educación.

Una cuestión clave para entender estos últimos 50 años es el resultado de la 2da Guerra Mundial y el mundo que surge como consecuencia de ella. El surgimiento de un Nuevo Orden Mundial polarizado entre el Liberalismo y el Comunismo. En Occidente el papel hegemónico del poder liberal como así también las ilusiones, a partir de los '60 (con

su culminación en el Mayo Francés) de la construcción de un socialismo humanizado, van a tener sus efectos políticos, sociales, culturales e inclusive van a marcar fuertemente la propia Historia de la Iglesia.

Y este es el problema más difícil que se nos ha planteado para sintetizar esta época: cómo explicar que al mismo tiempo de ese ataque externo que mencionábamos antes (directo, indirecto o gramsciano), lo que ocurre desde 1960 en adelante es que, dentro mismo de la Iglesia, se produce una distorsión o una infidelidad a la verdadera fe. Así por ejemplo, constatamos que *"Las guerrillas fueron favorecidas por un clima de época, que indicaba que el mundo marchaba en forma inexorable al socialismo y que la lucha armada podía acelerar ese tránsito. Eso pasaba no solo en la Argentina. En nuestro país, fueron decisivos el ejemplo de la Revolución Cubana, la disputa entre Estados Unidos y la Unión Soviética y la dictadura del general Juan Carlos Onganía, que en 1966 clausuró la autonomía universitaria y desató una ola de protestas estudiantiles; Córdoba fue uno de los centros de esas protestas. Además, el peronismo seguía proscripto y su líder, el general Juan Domingo Perón, continuaba exiliado en Madrid. Todo eso hizo que en la segunda mitad de los sesenta la juventud de clases media y alta se peronizara y, casi simultáneamente, abrazara la lucha armada. Influyó también en el caso de Montoneros la prédica de sacerdotes católicos, que consideraban a Cristo como un líder revolucionario estilo Che Guevara. Montoneros nació en las sacristías"* (Reato, C. "Montoneros nació en las sacristías de la Iglesia Católica", en: MDZol, 17/09/13).

Entonces, en este primer momento entre 1960-80, tenemos dentro de la Iglesia dos grupos claramente diferenciados: 1) Por un lado, los que intentaron mantenerse fieles a la Iglesia de siempre, a la de las promesas (en Argentina tenemos entre otros autores a Meinvielle, Castellani, Tortolo, Genta, Sacheri, etc.), principalmente muchos de los herederos de los Cursos de Cultura Católica y del movimiento de renovación del glorioso congreso Eucarístico del '34.

2) Por otro, aquellos que, salidos de las filas católicas, tomaron el rumbo de la supuesta *"primavera"* de la Iglesia que traería el Concilio Vaticano II y que, con el tiempo, demostró ser un largo invierno.

Las ideas católicas modernistas, mezcladas con el Mayo francés y revolución sexual (con la expansión en los '60 de la píldora anticonceptiva), hizo que el virus que venía incubándose desde las épocas de San Pío X, explotara en las *"mismas venas de la Iglesia",* al decir del P. Sáenz y produjera la *"autodemolición"* de la Iglesia como escribe Alberto Caturelli, citando la expresión del Papa Pablo VI.

Ello hizo que, en el período '60-'80, muchos jóvenes abrazaran el ideal de un catolicismo marxista que se vio concretado con la teología de la liberación y la *"opción preferencial por los pobres"* o, mejor dicho, por la "el uso preferencial **de** los pobres". Esto fue denunciado entre nosotros por Carlos Alberto Sacheri en su obra *La Iglesia clandestina.* El libro fue escrito con el fin de *"contribuir a disipar la confusión reinante en tantos católicos de buena fe en esta hora dramática que vive la Iglesia"* (7) Allí el autor procuraba mostrar la vinculación entre la verdadera Tradición y la auténtica renovación y cómo sólo la fidelidad a la tradición hace posible una eficaz renovación. Con valentía señalaba allí Sacheri la existencia de *"grupos y movimientos organizados dentro de la Iglesia (...) decididos a encauzar la actual renovación, no por los caminos del Espíritu Santo sino según el sentido que ellos pretenden imprimir a la Iglesia toda"*. Denunciaba también allí que estos grupos que actuaban bajo la superficie, por eso Iglesia Clandestina, entroncaban *"con la herejía modernista de principios de siglo [XX] (...) en una versión*

más diluida, que no hace sino aumentar su peligro". Más adelante especificaba claramente *"La finalidad no es otra que la de adaptar la Iglesia al mundo, lisa y llanamente, en vez de intentar convertir y salvar al mundo",* y señalaba *"En nuestro país, el Tercermundismo constituye la versión, no única pero sí principal, de la organización progresista internacional"* (8). No viene mal, entonces, recordar lo que enseñara el Papa San Pío X quien se dedicó al combate contra el modernismo o progresismo. En la Encíclica *Pascendi dominici gregis* (41-42) señala que el progresismo tiene 3 causas morales y 2 intelectuales o espirituales:

Causas morales

1. La soberbia
2. La curiosidad
3. El orgullo

Causas intelectuales

1. La ignorancia negligente
2. Aversión a Santo Tomás, a la Tradición y al Magisterio

Como bien explicaba Sacheri era extrema la gravedad de la situación tanto fuera como dentro de la Iglesia. Fuera de la Iglesia porque como señalaba Marcel Clément el mundo estaba viviendo: *"la más grave, la más terrible crisis de la civilización de toda la historia humana. Es una empresa de reducción del hombre a la animalidad, es decir, a la dictadura de los instintos sobre la razón"* (18). Lean ustedes el diario hoy y verán un embrutecimiento general incluso inferior a la animalidad!

Y concluía Sacheri: *"dentro de la Iglesia… porque basta tan solo releer las innumerables alocuciones de los últimos Pontífices y, en especial, las de Pablo VI, para comprender en qué medida y hasta qué profundidad ha llegado el deterioro de la fe de los creyentes, tanto en clérigos como en laicos"* (18).

Por eso es que, con Sacheri, sostenemos que estos grupos no representaban la verdadera Fe Católica.

¿Se entiende ahora la dificultad de explicar este período histórico en nuestra Patria? A los ataques indirectos contra la fe cristiana del liberalismo, y los directos y agresivos del marxismo, se sumó esta distorsión de la fe surgida desde dentro mismo de la Iglesia.

Así podemos entender cómo de las agrupaciones de la Acción Católica de la Argentina, surgieron varios de los cuadros de "Montoneros" que luego pelearían contra el Ejército viendo en las FF.AA. una mano armada de Estados Unidos o sea la faz del imperialismo capitalista ejerciendo la opresión de los pobres latinoamericanos, o sea el tercer mundo.

Contra esos grupos, sectores, contra esta ideología filomarxista se levantaron las voces de sacerdotes, laicos, intelectuales, profesores, escritores que procuraron salvar la verdadera Fe y la misión apostólica verdadera del laico en el mundo. Lejos de buscar un renovación e interpretación "de la doctrina cristiana en armonía con el pensamiento moderno" (Cornelio Fabro, "modernismo" en *Enciclopedia Católica*, vol VIII, Sansón, Firenze 1952, coll. 1188-1196), procuraron mantener la fidelidad a la doctrina perenne.

Acorde a esta postura Jordán Bruno Genta proclamaba: *"La misión de una política cristiana es, pues, instaurar la justicia, el bienestar y la suficiencia temporal de cada una de las personas en el ámbito de la nación soberana; la que, a su vez, puede alcanzar esos bienes relativos en orden al Bien absoluto y trascendente por la mediación de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. (…) No hay orden natural realmente factible sin la*

asistencia de Cristo; no hay justicia humana sin la Caridad de Dios; no hay trato de honor hacia el prójimo sin desprendimiento del propio yo" (78). Y señalaba con absoluta claridad la continuidad total entre liberalismo capitalista y socialismo o comunismo y advertía a los cristianos tercermundistas: *"reiteramos que el socialismo por más evangélico que se lo quiera presentar, no sólo es imposible prácticamente sustraerlo a la corriente marxista-leninista que avanza arrolladora, sino que tiende a la despersonalización del hombre y a desvirtuar su espíritu comunitario enajenándolo en el colectivismo"* (121)

Esta claridad y esta denuncia no podía ser tolerada por los enemigos de la Fe y por eso tanto Jordán Bruno Genta como Carlos Alberto Sacheri fueron asesinados por los movimientos guerrilleros a los que sus palabras denunciaban. Alberto Caturelli no duda que la causa de la muerte de Sacheri fue su libro *La Iglesia Clandestina* (Hernández, 854) El Cnel. Juan Francisco Guevara recuerda que el libro se vendió con una faja que decía *"Seremos fusilados por curas bolcheviques"*, del escritor Georges Bernaros y agrega Guevara que Sacheri destrozó la acción de los curas tercermundistas y que lo suyo fue una victoria (Hernández, 304).

Claramente representativo de la Verdad que entrañaban y del Odio a esa Verdad por parte de sus verdugos es la Carta que dirigieron en amenaza al Dr. Ricardo Curutchet.

"Carta a Ricardo Curutchet

Sr. Director de la revista Cabildo don Ricardo Curutchet. ¡Presente! Carísimo hermano en Cristo Rey: nos dirigimos a Ud. con la confianza que nos dan <u>los dos contactos mantenidos</u> con la comunidad nacionalista católica y la revista Cabildo, su más digno exponente, en las personas de los queridísimos aunque extintos profesores Jordán Bruno Genta y Carlos Alberto Sacheri. Nos guía la certeza de que seremos atendidos por Ud. con la caridad cristiana que ilumina cual antorcha sagrada, su cosmovisión escolástica, virtud esta enseñada por Cristo y de la que fueron devotos fervorosos Santo Tomás y San Agustín. No pretenderemos referirnos a las circunstancias del fallecimiento de los profesores nombrados, sólo haremos mención de algunos detalles que los rodean. Enterados de la ferviente devoción que los extintos profesaban a Cristo Rey, de quien se decían infatigables soldados, nuestra comunidad ha esperado las festividades de Cristo Rey según en antiguo y nuevo "ordo missae" y ha permitido que los nombrados comulgaran del dulce Cuerpo de su Salvador para que pudieran reunirse con Él en la gloria, puesto que en este Valle de Lágrimas eran depositarios de la Santa Eucaristía. Como información fidedigna le comunicamos, un tanto apenados, que el difunto Sacheri no comulgó ese aciago domingo en el que concurrió por última vez a la prolongación del sacrificio de la Cruz. Nuestro <u>enviado</u> le dio esa oportunidad, pero, oh…desatino, él no supo aprovecharla y lamentamos que esté pagando sus culpas veniales en el purgatorio (no queremos pensar que haya caído al Fuego Eterno). Como sabemos que Uds. Y sus allegados también profesan con tan sagrada unción una devoción sublime al reinado de Cristo en la tierra nos vemos en la obligación de solicitar las fechas que guarden alguna relación con esa festividad sagrada, puesto que según el "ordo missae" no figura en el año litúrgico otra festividad similar en lo inmediato. Para su comodidad nos permitimos sugerirle <u>el Domingo de Ramos</u>, en el que Cristo, montado humildemente en un jamelgo, es coronado victoriosamente Rey de los Cielos y de la Tierra. Para tranquilidad suya le aseguramos que <u>nos comunicaremos con Ud</u>. o… con alguno de sus soldados de Cristo Rey, quizás de manera un tanto repentina y no exenta de violencia, cuando se hallen en estado de Gracia y hayan participado del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Divino Redentor. Por este sagrado motivo le sugerimos que no haga diagramar la próxima tapa

de su digna revista, pues le ahorraremos el trabajo de buscar el tema, tal cual lo hemos hecho en los dos números anteriores y hasta le adelantamos el original (hoja aparte). Esperamos que tenga oportunidad de decirnos si es de su agrado, si así no fuera queda a su criterio diagramarla, pero recuerde, el tema lo pondremos nosotros. Esperamos no haber abusado de su valioso tiempo y nos atrevemos a pedirle que interceda ante Dios, con el diálogo de los justos, por la salvación de nuestras almas. Nos despedimos ofreciendo a Dios Padre, Por Cristo, con Cristo y en Cristo todo el honor y toda la gloria de nuestras acciones, por los siglos de los siglos. Amén. Fdo. Ejercito de Liberación. 22 de Agosto". (800-801) Héctor Hernández, el biógrafo de Carlos Sacheri nos hace notar que en las 553 palabras de esta carta, 17 veces se menciona a Cristo y 7 veces a Cristo Rey, además del uso de expresiones en latín y de todas las menciones a Padres de la Iglesia y verdades de la fe hechas con evidente intención burlesca. Esto se llama Odio a la Fe.

Así llegamos al segundo momento de los últimos 50 años, o sea desde 1980 en adelante. En el campo de la defensa de la fe nos parece que la Guerra de Malvinas debe tener un lugar muy destacado. Fíjense que uno de los protagonistas, el Teniente 1° Roberto Estevez escribía a su hermana desde el archipiélago: *"Esto viene a ponerse interesante, hay que analizar con ojos críticos lo que se está gestando en el país: 1) La gente retorna con pasión a la Fe católica, la única, 2) Hispanoamérica se une frente a la agresión (se cae la máscara de la farsa liberal europeizante), 3) Se respira un aire de unidad nacional ante la causa común, 4) Tal vez llegó la hora de prenderle fuego a 132 años de claudicaciones históricas y hacer imperar la Argentina Eterna, Católica, Hispanoamericana, unida para el bien común y tras un destino de grandeza".* (Carta a su hermana 25/05/82). Estevez advertía un retorno a la Fe, la unidad hispanoamericana, la unidad nacional y el retorno de la Patria a su origen y su destino.

Contaba también el Tte. Estevez que con las últimas luces del día hacía rezar el Rosario a sus soldados, y agregaba es *"el arma nro. 1 desde siempre (las de fuego y las blancas vienen después), para lo cual muchos de mis soldados lo deben sacar del cañón del FAL en donde los tienen atados".* (Carta a su hermana 25/05/82) De allí que el biógrafo de Estevez, Alberto Mansilla comente: "*¿No era éste el mismo espíritu religioso de Belgrano que aún luego de terribles derrotas, dirigía él mismo el rezo del Rosario delante de la tropa? Es que Estevez era, sin duda, la continuación perfecta de la raza de hombres que forjaron nuestra nacionalidad, impregnados de la sagrada locura de España, que nuestro héroe volvía a reflejar cuando decía que el lema de su sección era "¡si Dios con nosotros, quién contra nosotros!".* (Mansilla, 70)

Ciertamente la Causa de Malvinas revitalizó el espíritu patriótico y religioso del pueblo argentino. Lamentablemente la desmalvinización posterior barrió con ese espíritu.

La lectura de otra carta del mismo Tte Estevez nos lo demuestra. En carta a su padre escribe: *"Lo único que a todos quiero pedirles es: que restauren una sincera unidad en la familia bajo la Cruz de Cristo. (..) Papá, hay cosas que en un día cualquiera no se dicen entre hombres, pero que hoy debo decírtelas: gracias por tenerte como modelo de bien nacido, gracias por creer en el honor, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy, y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar. (...) Dios y Patria o Muerte. Roberto".* (Carta a su padre, 27/03/82, 63) Pareciera que alguien hubiera tomado esta carta y hubiera dicho: "¿qué deberíamos hacer para hacer lo contrario de lo que pide el héroe?: pide la unidad de la familia, pongamos el divorcio; tiene un concepto del honor, eduquemos a las nuevas generaciones ignorantes en absoluto de lo que es lo honorable, lo

honrrado; agradece ser católico, argentino e hijo de sangre española, enseñemos a nuestros niños que todas las religiones o no tener ninguna es igual, que ser argentino es poca cosa y que la mayor parte de nuestros males nos vienen del "genocidio descubridor"; agradece por ser soldado, denigremos al extremo a la milicia convirtiendo a los militares en mercenarios profesionalizados; agradece a Dios su hogar, prendamos fuego a los hogares"…

Y así llegó con la desmalvinización la democracia. Como decíamos antes, la oposición Fe-Antife se manifestó de otro modo con la democracia, desde la presidencia de Alfonsín en adelante, es que el odio a la fe adoptará ahora el estilo gramsciano, o sea el de la revolución cultural. Esto es a través de la cultura, la indiferencia, el quitar "del espacio público" a la Iglesia ... y todo lo que sabemos que pasa con la educación (Tienen ustedes a la vista las pruebas leyendo el diario: revistas pornográficas en las escuelas bajo el rótulo de educación sexual; disolución de toda autoridad bajo el título de consenso; eliminación de las fiestas histórico-religiosas bajo la excusa de inconstitucionalidad). Es un odio feroz pero se manifiesta bajo los pretextos de la libertad, la autonomía del hombre, el derecho de la mujer, la igualdad de derechos, los derechos humanos, el respeto a todas las religiones y confesiones.

Dice Federico Mihura Seeber que es dable suponer *"que el poder del Anticristo, si este pertenece a nuestra época, no corresponda a la imagen convencional del poder político, sino a un poder light, un poder débil. O sea "tolerante, pacifista, garantista, benévolo, y dialoguista: un poder democrático". Sin embargo éste sería "un formidable poder. Un poder como nunca se ha visto: si es que el poder es -cómo enseña el sentido común- la capacidad de «hacer hacer a los demás lo que se quiera, sin oposición alguna». Y es un poder universal, es decir, global"* (82). Esto es fácilmente constatable en nuestra época y la Argentina no es ajena a este poder débil, y el autor agrega esta observación: *"nunca antes en la historia se ha dado un despotismo semejante, por parte de un poder democrático"* (82).

El autor explicita qué entiende por poder e insiste en la idea de alguien que puede hacerles hacer lo que quiere a los demás lo que sólo es posible *"porque, antes de ello, ha hecho pensar a los demás, como quiere"* (…) *"Está demostrado que esta modalidad blanda del poder es mucho más efectiva que la dura"* (84)

Pone Mihura Seeber un ejemplo: *"una delegación de empresarios chinos estaba invitada a un asado, en Buenos Aires, en la casa de una familia numerosa. Parece ser que las empresarias chinas se peleaban entre sí por llegar a abrazar y besar a los bebes del matrimonio anfitrión: en China la procreación les estaba vedada. Estaba vedada por un poder fuerte, que no había conseguido, sin embargo, extirpar en ellas el instinto materno. Pensé para mí: ¿...Y nuestras mujeres occidentales, las del mundo libre y no-coactivo? A estás, en cambio, el instinto femenino les ha sido extirpado. No con cirugías ni con amenazas, no: haciéndolas pensar contra su naturaleza y contra sí mismas. Fueron inducidas a ello por un Poder... "light". Simplemente, no quieren tener hijos, y abortan, o "se cuidan". Y, entonces, ¿cuál de los dos poderes es más efectivo, el duro o el blando? Porque la intención de ambos poderes es la misma: frenar el crecimiento demográfico"* (84-85) Esto es lo que logra en el mundo y también en la Argentina la revolución gramsciana. Y así se llega a pensar contra la Fe y militar en contra de ella. A las pruebas me remito: en una encuesta del periódico MDZ el 69% aprobó que los divorciados vuelvan a casarse, el 73% consideró que estaban bien las relaciones prematrimoniales, el 87% que la Iglesia debería aprobar el uso del preservativo, el 41% que se debería admitir el "matrimonio" homosexual, el 72% que las mujeres debemos ocupar el mismo lugar en las

estructuras eclesiales, el 72% opinó a favor del aborto y el 75% a favor de la abolición del celibato. Todo esto en Mendoza, provincia que siempre se dice es “conservadora”. Alguien podrá decirme que todas ellas son cuestiones de moral y es cierto, sin embargo lo que queda en evidencia de esos resultados es la prevalencia de una moral del consenso, con primacía absoluta de la conciencia en claro desmedro del objeto moral y del fundamento objetivo del orden moral. Yo me pregunto las mismas personas que participaron de esa encuesta y evidencian ese concepto moral opuesto a la moral cristiana: ¿estarán de acuerdo en aceptar dogmas y misterios de fe? Y esto, aunque alguna encuesta siga diciendo que los católicos en la Argentina son el 90%[1] de la población, o según otros un 76%[2]. Igualmente no creemos en las estadísticas ni hacemos culto de la numerolatría.

Y para ir terminando, en esta etapa del ’80 a la actualidad, también dentro de la propia Iglesia advertimos dos posturas claramente diferenciadas. Si bien la Teología de la Liberación en su concepción ideológica ha ido disminuyendo, la Iglesia no ha quedado indemne a la ola nihilista del pensamiento posmoderno. Y cuando decimos “nihilista” nos referimos a ese pensamiento vacío, o sin contenido de muchos sermones o discursos oficiales. Lamentablemente, y con dolor hay que decirlo, la jerarquía de la Iglesia (en sus mejores casos) se ha replegado a la trinchera de lo obvio, es decir, a predicar que el aborto y la eutanasia siguen siendo pecado, o que el matrimonio es entre dos sexos, etc.

El maestro Alberto Caturelli si para la época de los ‘70s hablaba de la *“autodemolición”* de la Iglesia, usará para la Iglesia de nuestros tiempos la denominación de "*la Iglesia demolida*”. Y explica el sentido de este nombre: *“Quiero decir que aquella carcoma que roe y taladra toda la estructura, parece haber completado su tarea hasta tal punto que la iniquidad se ha derramado por el mundo. La "pequeña grey" se encuentra sitiada y el espíritu del mundo habla ya de un post-cristianismo* (…) *A quienes aman y defienden la Iglesia, les espera la "conspiración del silencio" que denunciaba San Pío X. Nada nos puede hacer perder el humor cristiano. También el humor va implícito en la exhortación paulina: "No temas, sólo habla y no calles". Al final, hablará Él”*. (9).

También cita a San Pío X en su primera encíclica, en la que sostiene que *“la sociedad ha sido atacada por la enfermedad más grave y profunda: la apostasía, enfermedad mortal a la que hay que poner remedio; quizá esta deserción y apostasía "sea como un anticipo y comienzo de los males que estaban reservados para el fin de los tiempos"; por eso se combate lo esencial, la religión en cuanto tal, los dogmas de fe y toda comunicación con Dios; es la característica del Anticristo que usurpa el lugar de Dios"* (145).

Finalmente, el P. Meinvielle nos enseñaba *“que el mysterium iniquitatis ya está obrando (II Tes, II, 7); pero no sabemos los límites de su poder. Sin embargo, no hay dificultad en admitir que la Iglesia de la publicidad pueda ser ganada por el enemigo y, convertirse de Iglesia Católica en Iglesia gnóstica. Puede haber dos Iglesias, una la de la*

---

[1] Mallimaci, Fortunato (dir.), *Primera encuesta sobre creencias y actitudes religiosas en Argentina*. Bs. As., agosto de 2008. Cfr. Encuesta Gallup dice que en el mundo el 89 por ciento cree, un 5 por ciento es ateo y un 5 o 6 que duda.

[2] "El censo de 1960 fue el último que preguntó sobre religión. En ese entonces, un 90% de la población argentina era católica. En la actualidad, según pudimos comprobar con nuestro trabajo, sólo 76% de los argentinos se identifica con la religión Católica", comentó Juan Cruz Esquivel, investigador de CEIL-Conicet y director del Nodo Región Metropolitana Buenos Aires del proyecto PICT "Religión y estructura social en Argentina". Cuyanos los que más creen en Dios, en: Los Andes, 31/08/13.

publicidad, Iglesia magnificada en la propaganda, con obispos, sacerdotes y teólogos publicitados, y aun con un Pontífice de actitudes ambiguas; y otra, Iglesia del silencio, con un Papa fiel a Jesucristo en su enseñanza y con algunos sacerdotes, obispos, fieles que le sean adictos, esparcidos como "pusillus grex" por toda la tierra. Esta segunda sería la Iglesia de las promesas, y no aquella primera, que pudiera defeccionar. Un mismo Papa presidirá ambas Iglesias, que aparente y, exteriormente no sería sino una. El papa, con sus actitudes ambiguas, daría pie para mantener el equívoco. Porque, por una parte, profesando una ***doctrina*** *intachable sería cabeza de la Iglesia de las Promesas. Por otra parte, produciendo* ***hechos*** *equívocos y aún reprobables, aparecería como alentando la subversión y manteniendo la Iglesia gnóstica de la Publicidad"*[3]. (Julio Meinvielle, *De la Cábala al Progresismo,* Edic. Epheta, Bs.As., 1994).

Los tiempos que nos tocan pueden, a menudo, parecernos oscuros. El texto del P. Meinvielle, a nuestro juicio es muy esclarecedor para sopesar los hechos que diariamente nos sorprenden. La Iglesia de la Publicidad que se mimetiza con el mundo, que comparte el lenguaje del mundo, y la Iglesia del Silencio que se mantiene fiel a la tradición y a las promesas de Cristo.

Pero si alguien tuviera dudas de la interpretación del P. Meinvielle el propio San Agustín nos explica una idea muy similar cuando dice: *"La ciudad de Dios tiene, entre los miembros que la integran mientras dura su peregrinación en el mundo, algunos que están ligados a ella por la participación en sus misterios, y, sin embargo, no participarán con ella en la herencia eterna de los santos. Unos están ocultos, otros manifiestos. No dudan en hablar, incluso unidos a los enemigos, contra Dios, de cuyo sello sacramental son portadores (…) Entralazadas, de hecho, y mezcladas mutuamente están estas dos ciudades hasta que sean separadas en el último juicio"* (Civ. Dei, 1 lib., cap. XXV)

Este es el periplo de esta lucha eterna entre dos ciudades, según nuestra visión, en la historia de nuestra Patria. A cada uno de nosotros el Señor nos pide, como enseñaba San Ignacio, optar por uno de estos dos pendones.

La promesa de Dios es la esperanza de los hombres *"Las puertas del infierno no prevalecerán"*.

Nuestro Señor Jesucristo nos espera cada día en la eucaristía, nos renueva cada día el milagro de la eucaristía.

Nuestro Señor Jesucristo, Rey y Capitán de la Cruzada, nos espera en la adoración eucarística para darnos las fuerzas necesarias para continuar el combate por su realeza en nuestra Patria. Sólo necesitamos doblar la rodilla en tierra ante Él, ser fieles y humildes y pedir en el silencio preciso y exacto de esta intimidad que vuelvan a encenderse en nuestros corazones.

¿Qué nos queda a nosotros? Resistir, resistir en esta tierra que Dios nos plantó intentando no perder aquella ciudadanía que está en los cielos, como decía San Pablo, la

---

[3] *La eclesiología no ha estudiado suficientemente la posibilidad de una hipótesis como la que aquí proponemos. Pero si se piensa bien, la Promesa de Asistencia de la Iglesia se reduce a una Asistencia que impida al error introducirse en la Cátedra Romana y en la misma Iglesia, y además que la Iglesia no desaparezca ni sea destruida por sus enemigos.*
Ninguno de los aspectos de esta hipótesis que aquí se propone queda invalidado por las promesas consignadas en los distintos lugares del Evangelio. Al contrario, ambas hipótesis cobran verosimilitud si se tienen en cuenta los pasajes escriturarios que se refieren a la defección de la fe. Esta defección, que será total, tendrá que coincidir con la perseverancia de la iglesia hasta el fin. Dice el Señor en el Evangelio: "Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra? (Lc. XVIII, 8)".

ciudadanía de la Jerusalén celeste. Resistir ante las agachadas, los supuestos "silencios prudentes", y la política del avestruz.

Y cuando nos cueste, cuando nos duela seguir amando a Dios y a la Patria, recordar aquellas palabras que un antiguo paracaidista francés recitaba antes de entrar en combate y que nosotros aprendimos en la juventud:

Dame Dios mío lo que te queda
Dame lo que nadie te pide
No te pido el reposo, ni la tranquilidad
Ni la del alma ni la del cuerpo
No te pido la riqueza, ni el éxito, ni la salud.
Dame Dios mío lo que te queda
Dame lo que otros no quieren
Quiero la inseguridad y la inquietud.
Quiero la tormenta y la lucha.
Dámelo Dios mío definitivamente.
Que yo esté seguro de tenerlo siempre,
Porque no siempre tendré el coraje de pedírtelo.
Dame Dios mío lo que te queda.
Dame lo que otros no quieren.
Pero dame también EL CORAJE, LA FUERZA Y LA FE.

¡Quiera Dios darnos la claridad y la fuerza para llevar Su Bandera, siempre, sin descanso y sin traiciones, hasta que un día decida llamarnos a la eternidad!

¡Viva la Patria!
¡Viva la Iglesia!
¡Viva Cristo Rey!

Bibliografía citada

BRUNO, Cayetano, *La Argentina nació católica*, Buenos Aires, Energeia, 1992.
CAPONNETTO, Antonio. *Notas sobre Juan Manuel de Rosas,* Buenos Aires, Katejon, 2013.
CATURELLI, Alberto, *La Iglesia Católica y las Catacumbas hoy*, Buenos Aires, Gladius, 2006.
DÍAZ ARAUJO, Enrique, "Del Laicismo decimonónico a la Reforma del '18", en: *Revista Gladius,* Buenos Aires, n. 15, 1989, p. 69-70.
DÍAZ ARAUJO, Enrique, *Del Laicismo del '80 a la Reforma Universitaria del '18,* Buenos Aires, Gladius, 2015.
DÍAZ ARAUJO, Enrique, *Don José y los chatarreros,* Mendoza, Dike, 2001.
MIHURA SEEBER, Federico. *De Prophetia y otros temas de actualidad.* Buenos Aires, Gladius, 2010.
MANSILLA, Alberto. *Argentina tiene héroes.* Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2003.